

COMEDIA FAMOSA.

REYNAR DESPUES DE MORIR.

DE LUIS VELEZ DE GUEVARA.

- 7 -

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

- | | | |
|---|---|----------------------------------|
| <i>El Rey Don Alfonso de Portugal.</i> | • | <i>Nuño de Almeyda.</i> |
| <i>El Príncipe Don Pedro.</i> | • | <i>Egas Coello.</i> |
| <i>Doña Blanca, Infanta de Navarra.</i> | • | <i>Alvar Gonzalez.</i> |
| <i>Doña Inés de Castro, Dama.</i> | • | <i>Brito, Gracioso.</i> |
| <i>Violante, criada.</i> | • | <i>Alonso y Dionís, niños.</i> |
| <i>El Condestable de Portugal.</i> | • | <i>Músicos y acompañamiento.</i> |

JORNADA PRIMERA.

Salen Músicos cantando, el Príncipe vistiéndose, y el Condestable.

Music. Soles, pues sois tan hermosos,
no arrojéis rayos soberbios
á quien vive en vuestra luz
contento en tan alto empleo.

Princ. La capa. *Music.* El Príncipe sale.

Otro. Prosigamos. *Princ.* El sombrero.

Music. Vuestra benigna influencia
mitigue ayrados incendios,
pues el raudal de mi llanto
es poca agua á tanto fuego.

Princ. Ay Inés! alma de quanto
peno, lloro, gimo y siento:
proseguid, cantad.

Music. Digamos
otra letra y tono nuevo.

Cant. Pastores de Manzanares,
yo me muero por Inés,
cortesana en el aseo,

labradorá en guardar fé.
Princ. Parece que á mi cuidado
esa letra quiso hacer,
lisonjeándome el alma,
eterna en mi pecho á Inés.
Volved, volved por mi vida
á repetir otra vez
aquesa letra: cantad,
que me ha parecido bien.

Music. Pastores de Manzanares, &c.

Princ. Pues los Pastores publican
que tanta hermosura vén
en la deidad de mi amante,
con justa causa diré
que en perderme fui dichoso
por tan soberano bien.
Siempre que llego al Mondego,
parece que solo al ver
á mi Inés bella, las aves
quisieran besar su pie.
Las plantas de su deidad

a

NA 1090595
NEA 1513934

reciben fruto: no hay mes
que en viendola no sea Mayo:
no hay flor, que á su rosicler
no tribute vasallage.

Si aquesto es verdad, si es
dueña de aves y plantas,
y de todo quanto vé
el Cielo en la tierra hermosa,
no la lisonjeo en ser
tambien yo su esclavo: Amor,
pues á mi Inés me humillé,
pues me rendí á su hermosura,
á voces confesaré
diciendo con toda el alma
á los que amante me vén:
Pastores de Manzanares,
yo me muero por Inés,
cortesana en el aseó,
labradora en guardar fé.

Sale Brito de camino.

Brit. Déle vuestra Alteza á Brito,
Príncipe, á besar sus pies.

Princ. Brito, seas bien venido:
cómo dexais á mi bien?

Brit. Déxame alentar un poco,
y luego te lo diré,
que aun no pienso que he llegado,
que un rocín de Lucifér,
que el Portugués llama Posta,
que Gibao llama el Francés,
Bridón el Napolitano,
y algunas veces Confier,
de tan altos pensamientos,
que en subiendo encima dél,
anda á coces con el Sol,
y á cabezadas despues,
me trae sin tripas, que todas
se me han subido á la nuez
á hacer gárgaras con ellas,
sin lo que toca al borrén,
que viene haciendose ruedas
de salmon. *Princ.* Calla, no dés
suspension á mi cuidado,
sino dime, cómo fue
tu viage? cuenta, Brito,
que ya deseo saber
nuevas de mi hermosa prenda:

habla, Brito. *Brit.* Bueno á fé;
para contarlo quedemos
solos los dos. *Princ.* Dices bien,
Condestable, despejad,
y á esos Músicos les den,
quando no por forasteros,
porque han celebrado á Inés,
mil escudos. *Cond.* Despejad.

Princ. Id con Dios. *Mus.* El Cielo dé
á vuestra Alteza, señor,
un siglo de vida, amen.

Princ. Id con Dios. *Mus.* Qué gran valor!
Otro. Qué cordura! *Mus.* Octavio, vén:
no es señor quien señor nace,
sino quien lo sabe ser.

Vanse los Músicos y el Condestable.

Princ. Ya, Brito, quedamos solos:
dime, cómo quedó Inés?
cómo la dexaste, Brito?
responde presto. *Brit.* A perder
el sentido cada instante
que entre tus brazos no esté.

Princ. Y Alonso y Dionís? *Brit.* El uno
es jazmín, y otro clavél,
y cada qual es retrato
de los dos. *Princ.* Has dicho bien:
prosigue, prosigue, Brito.

Brit. Oye, y te la pintaré,
si de tanta beldad puede
ser una lengua pincél.
Llegué á Cohimbra apenas
ayer, quando el blason de sus Almenas
á un ticinpo hicieron salva
los Músicos de Camara del Alva,
el Sol, y luego el día,
y primero que todos mi alegría.
Guié los pasos luego
á la Quinta, Narciso de Mondego,
que guarda en dulce empeño
la beldad soberana de tu dueño,
quando dando al Aurora
zelos el Sol, parece que enamora
el Oriente divino
de Inés, Sol para el Sol mas peregrino:
que aun no he llegado creo,
piso el umbrál, y en el zaguan me apeo,
que gustan los amantes

que les vayan contando por instantes,
 por puntos, por momentos,
 las dichas de sus altos pensamientos,
 que brevemente dichas
 no les parece que parecen dichas.
 Al fin, al quarto llego
 alborotado, sin aliento, y luego
 á las cerradas puertas,
 solo á tu amor eternamente abiertas,
 dos veces toco en vano,
 que en este Oriente aun era muy temprano:
 si bien tu hermoso dueño,
 rendida á tu cuidado mas que al sueño,
 voces dió á las criadas
 menos de mi venida alborotadas.
 Perdóneme Violante,
 á quien mas debe el sueño que su amante:
 mas yo, como es mi vida,
 la quiero bien dormida y bien vestida,
 esté ausente y presente,
 porque mi amor es menos penitente.

Princ. Pasa, Brito, adelante,
 y con mi amor no mezcles á Violante,
 ni burles en mis veras,
 que espero nuevas de mi bien. *Br.* Esperas
 las que siempre procuro yo traerte,
 vive Dios. Al fin, el muro,
 el Oriente dorado
 de aquel sol, de aquel cielo franqueado,
 sin reparo ninguno
 corro los aposentos uno á uno,
 y no paro hasta donde
 está la esfera que tu sol esconde.
 Su amor me desalumbra,
 y sin la permission que se acostumbra
 verla y hablarla trato,
 que el alborozo precedió al recato.
 Entró al fin sin sentido,
 y en el dorado tálamo, que ha sido
 teatro venturoso
 mas de tu amor que del comun reposo,
 amaneciendo entonces,
 y enamorando mármoles y bronces,
 los ojos en estrellas,
 en nieve, y nacar las mexillas bellas,
 en claveles la boca,
 la frente y manos en cristál de roca,

en rayos los cabellos,
 entre Alonso y Dionís tus hijos bellos,
 asidos á porfia
 (por maternal terneza ó compañía)
 al cuello de alabastro,
 deidad admiro á Doña Inés de Castro,
 Aurora en carne humana,
 tericiado Abril con la mañana,
 todo un Cielo abreviado,
 y al Sol de los Luceros abrasado.
 Quedé tierno y dudoso,
 que como de aquel arbol generoso
 tan hermosos penáían,
 racinos de diamantes parecían.
 Ella amor ostentando,
 aunque de honestidad indicios dando
 á la nieve divina,
 de púrpura corriendo otra cortina,
 (que de tales mugeres
 siempre son los recatos sumilleres)
 mas encendida Aurora,
 sobre las almohadas se incorpora,
 y yá, como embarazosa,
 dexa á Dionís y Alonso de los brazos,
 que de sentido agenos,
 favores y ternezas no echan menos;
 tanto, en tan dulce empeño,
 pueden los pocos años con el sueño.
 Y con ansia infinita,
 antes que una palabra me permita,
 ni besarla la mano,
 (recato Portugués, ó Castellano)
 me dixo: Cómo dexas
 á Pedro, Brito? y con zelosas quejas
 prosiguió mas hermosa
 que lo está una muger que está zelosa,
 porque han dado los zelos
 hasta el color que visten á los Cielos,
 tu tardanza culpando,
 en Santarén con Doña Blanca, quando
 tu padre la ha traído
 para tu esposa. *Princ.* Perderé el sentido,
 Brito, si Inés no fia
 todo su amor á toda el alma mia.
 Primero verá el Cielo
 su vecindad de Estrellas en el suelo;
 verá la noche fria,

que puede competir al claro día,
que fulte la firmeza
con que yo adoro á Inés.

Brit. Oyga tu Alteza:

Basta, basta, no òfusques,
ni relacion ni imposibles busques
mal guisados, ni modos,
que yo los doy por recibidos todos,
y lo mismo hará el dueño
por quien te has puesto en semejante
empeño.

Al fin, escucha atento. *Princ.* Prosigue.

Brit. Como digo de mi cuento::

Princ. Acaba. *Brit.* Vé conmigo.

La tal Inés, en la ocasion que digo
finezas y ansias junta,
y entre falsa y celosa me pregunta:
Dime, Brito, es bizarra
Doña Blanca la infanta de Navarra,
de Pedro nueva empresa,
que viene á ser de Portugal Princesa?
Yo la respondo entonces,

haciendome de pencas y de gonces:

Aunque Blanca no es fea,
es contigo may poca su taréa,
moneda mal segura,
que no puede correr con tu hermosura;
y si intenta igualarse
contigo, muy de noche ha de pasarse.

En esto despertaron

Dionís y Alonso, juntos preguntaron

á una voz por su padre:

enterneciósse oyendolos la madre,
ó fuese amor, ó zelos,
tocó á negar en lagrimas dos cielos,
y en lluvias tan estrañas
sartas de perlas hizo las pestañas,
que en sus luces hermosas
de perlas se volvieron mariposas,
y abrasandose en ellas,
granizaron los párpados estrellas;
y viendo contra el día,
que abaxo tanto cielo se venía,
calmando sus recelos,
éila tu carta, y serenó sus cielos:
cedióse á su alegría,
convaleció de su tristeza el día,

quedó el Sol sin nublado,
porque del desprecio aljofarado
al ultimo suspiro
mucho cristal sobró para zafiro.

Tomó el pliego, y besóle,
y tres ó quatro veces repasóle
con señas diferentes,
que es costumbre de espías y de ausentes.

Pidió la escribanía,
volvió otra vez á perturbarse el día,
los Cielos se cubrieron,
á la tinta las lágrimas suplieron,
y mientras escribía,
un alma en cada lagrima caía,
siendo en tantos renglones
las almas muchas mas que las razones.
Cerró llorando el pliego,
sellóle, despachóme, y partí luego
otra vez por la posta,
pareciendome el mundo senda angosta,
y con afuera, aparta,
entré por Santarén, y esta es su carta.

Princ. Levanta, Brito, del suelo,
que solo tú puedes dár
tal alivio á mi pesar,
tal fin á mi desconsuelo.

Toma esta cadena, Brito,
en tanto que á besar llego
las letras de aqueste pliego
que Inés con el llanto ha escrito.

Brit. Besa muy enhorabuena,
mientras que tomada á peso,
primero yo tambien beso
las letras de esta cadena.

El Rey. *Princ.* Mi padre? *Brit.* Señor,
el mismo. *Princ.* Guardaré el pliego
de Inés. *Brit.* Y yo á guardar llego
mi cadena, que es mejor.

Sale el Rey Don Alonso.

Rey. Principe? *Princ.* Señor::

Rey. Qué haceis? *Princ.* Vos aquí!

Rey. No hay que admiraros
de que venga yo á buscaros,
Pedro, pues vos no lo haceis:
yo os quisiera hablar de espacio.

Princ. Hoy corre mi amor fortuna. *ap.*

Rey. Quién sois vos?

rit. Señor, soy una
salandija de Palacio.

Rey. De qué al Principa servís?

Brit. De mozo Fidalgo. *Rey.* bien.

De camino estais tambien?

Brit. Soy su maza. *Rey.* Qué decís?

Brit. Que voy siempre con su Alteza
adonde quiera que vá.

Rey. Y aun donde no vá. *Brit.* Esta es ya
maliciosa sutileza.

Rey. Algo desembarazado

sois. *Brit.* Sí, señor poderoso,
que en Palacio al vergonzoso
siempre el refrán ha culpado.

Rey. Cómo os llamáis?

Brit. Brito. *Rey* Vos

sois Brito? Ya quien sois sé;
sois hombre de mucha fé.

Brit. Eso sí, señor, por Dios,
porque con ella he servido
á su Alteza, como ya
de mí satisfecho está.

Princ. Es Brito muy entendido,
con razon le estimo y quiero,
tengole notable amor.

Rey. Para que le hagais favor
no habrá menester tercero,
que en ésto debe tener
gran maña y habilidad.

Brit. Mintió á vuestra Magestad
quien fue de ese parecer,
que á su Alteza no le han dado
tan pocas partes los Cielos,
que haya menester anzuelos
en el ardid del criado.

No me ha menester á mí
para ninguna faccion,
porque los meritos son
siempre terceros de sí;
y quando en alguna se halle
dificultosa de obrar,
no ha de ir, ni es justo, á busca
alcahuetes á la calle,
porque el Principe es humano,
si alguna vez se enamora,
aunque á esta plaza hasta ahora
no la he tomado una mano.

Vuestra Magestad Real
perdone estas baratijas,
porque hasta en las sabandijas
la defensa es natural;
y á Dios, que contra cautelas
de Palacio asisto aqui,
que estoy indecente así
con botas y con espuelas.

Vase.

Rey. Pedro, los que hemos nacido
padres y reyes, tambien
hemos de mirar el bien
comun mas que el nuestro. *Princ.* Ha sido,
padre y señor, atencion
debida á esa Magestad:

qué me mandais? *Rey.* Escuchad,
vereis que tengo razon.

Yo os he casado en Navarra
con la Infanta (que Dios guarde)
y en Lisboa á vuestras bodas
se han hecho fiestas, y tales,
que todos nuestros Fidalgos
procuraron señalarse,
dando muestras con su afecto
de ser nobles y leales.

Despues que llegó la Infanta,
he reparado que sale
á vuestro rostro un disgusto,
que os divierte de lo afable,
os retira de lo alegre,
y solo pueden llevarse
aquestos extremos, Pedro,
donde hay mucho amor de padre.

Doña Blanca disimula,
y aunque la causa no sabe,
piensa que sin duda es ella
causa de vuestros pesares.

Hacedme gusto de verla
con ameroso semblante:

Principe, desenojadla,
que es vuestra esposa, no halle,
quando con vos tanto gana,
el perderse en el ganarse.

Yo os lo ruego como amigo,
os lo pido como padre,
os lo mando como rey,
no deis lugar á enojar me.

Ella viene, aqui os quedad,

prudente sois, esto baste.

Princ. Ay Inés! como por tí,
loco, rendido y amante,
ni admito la correccion,
ni hay ventura que me quadre.

Sale la Infanta.

Infant. Guarde Dios á vuestra Alteza.

Princ. Señora: *Inf.* Príncipe. *Princ.* Dadme

la mano á besar. *Infant.* Señor,
detenéos, que no es galante
accion que baseis mi mano,
quando advierto que no sale
este cortesano afecto
de marido ni de amante.

Yo, señor, soy vuestra esposa,
y debéis considerarme
Reyna ya de Portugal,
si fui de Navarra Infanta.

Princ. Eso no, viviendo Inés.

Señora, solo un instante
os suplico que me deis
audiencia: sentaos, y hable
el alma, que muda ha estado
hasta poder declararse.

Infant. Decid. *Princ.* Atended.

Infant. Ya oygo:

pasad, Príncipe, adelante.

Princ. Casé, señora, en Castilla
(ebedeciendo á mi padre)
primera vez con su Infanta,
que en globos de estrellas yace:
tuve de esta dulce union
un hijo; y puesto que sabe
vuestra Alteza estos principios,
paso á lo mas importante.
Quando mi difunta esposa
vino conmigo á casarse,
pasó á Portugal con ella
una dama suya, un angel,
una deidad, todo un cielo:
perdonéme que la alabe,
vuestra Alteza, en su presencia,
que informar de sus partes
importa, porque disculpe
osadas temeridades,
quando advertida conozca
la causa de efectos ta les.

vase.

Era al fin (por acabar
la pintura de esta imagen,
el retrato de este Sol,
este archivo de deidades)
Doña Inés de Castro Coello
de Garza, que con su padre
pasó á servir á la Reyna,
mejor dixera á matarme;
y aunque siempre su hermosura
fue una misma, en un instante
me atreví, señora, á verla
con pensamientos de amante,
que á sola mi esposa entonces
rendí de amor vasallage,
hasta que cruel la Parca
la cortó el vital estambre.
Muerta mi esposa, trató
casarme otra vez mi padre
con vuestra Alteza, Señora,
que el Cielo mil siglos guarde,
sin que este segundo intento
conmigo comunicase:

yerro que es fuerza que ahora
vuestro decoro le pague,

y le sienta yo, por ser
vuestra Alteza á quien se hace
la ofensa, que el sentimiento
no será bien que me falte,
á tiempo que por mi causa
padeceis tantos desayres.

Confusa, hasta vér el fin,
será fuerza que se halle.

Muerta, señora, ya mi esposa amada,
querida tanto como fue llorada,
pasados muchos dias de tormento,
difunto el gusto, y vivo el sentimiento,
en un jardin, al declinar el dia,
mis imaginaciones divertía
mirando quadros, y admirando flores,
archivos de hermosuras y de olores.

Al doblar una punta de claveles,
de esta hermosa pintura los pineles,
al pasar por un monte de azucenas,
que mirár su blancura puede apenas,
porque la candidez de su hermosura
la vista me robó con la blancura,
y en una fuente hermosa,

ap.

ap.

que tenía el remate de una rosa
para su adorno un fenix de alabastro,
vi á Doña Inés de Castro,
que al margen de la fuente
se miraba en el agua atentamente;
y olvidado de mí, viendo mi muerte
en su deidad, la dixé de esta suerte:

Nunca pensé que pudiera,
muerta mi esposa, querer
en mi vida otra muger,
ni que otro cuidado hubiera
con que el dolor divertiera
de mi pena y mi dolor;
pero ya he visto en rigor,
advirtiendo tu deidad,
que aquello fue voluntad,
y aquesto solo es amor.

Cómo puede ser (ay Cielos)
que en mi casa haya tenido
el mismo amor escondido,
sin que remontase el vuelo
á su atencion mi desvelo?
cómo este bien ignoré?
cómo ciego no miré?
cómo en esta luz hermosa
no fui incauta mariposa,
y cómo no te adoré?

Hice este discurso apenas,
quando á mirarme volvió
el rpsiro, y entonces yo
puse silencio á mis penas:
heladas todas las venas
quedé, mirandola helado:
ella el aliento turbado,
quiso hablar, hablar no pudo,
quedó suspensa, y yo mudo,
en su imagen transformado.

El alma á verla salió
por la puerta de los ojos,
y á sus plantas por despojos
las potencias le ofreció:
el corazon se rindió
solo con llegar á vér
esta divina muger;
y ella, viendome rendida,
y en su hermosura perdido,
pagó con agradecer.

Desde este instante, señora,
desde aqueste punto, Infanta,
hicimos tan dulce union,
reciprocando las almas,
que girasol de su luz,
atento á sus muchas gracias,
vivo en ella tan unido
debaxo de la palabra
y fé de esposo, que Amor,
quando perdido se halla,
para poderse cobrar
se busca entre nuestras ansias.

En una Quinta, que está
cerca del Mondego, pasa
ausencias inescusables,
solamente acompañada
á ratos de mi firmeza,
y siempre de su esperanza.
Tenemos de aqueste logro
de Cupido, de esta llama,
del ciego Dios, dos infantes,
dos pimpollos y dos ramas,
tan bellos, que es ver dos soles
mirar sus hermosas caras.

Querémonos tan conformes,
son tan unas nuestras almas,
que á un arroyo ó fuenteçilla,
adonde algunas mañanas
sale á recibirme Inés,
todos los de la comarca
llaman, por lisongearnos,
el Penedo de las ansias.

En fin, señora, mi amor
es tan grande, que no hay planta
que para amar no me imite:
no hay arbol que con las ramas
esté tan unido como
lo estoy con mi esposa amada;
y aunque parezca desayre
á vuestra Alteza contarla
aqueste empleo, he advertido
que es mejor para obligarla,
quando engañada se advierte,
decirlo, y desengañarla.
Pues quando de Portugal
no sea Reyna, en Alemania,
en Castilla y Aragon

hay Principes que estimáran
saber aquesta ventura,
que habeis juzgado á desgracia.
Y porque me espera Inés,
y culpará mi tardanza,
dadme licencia, señora,
que á verme en su cielo vaya,
pues bien es que asista el cuerpo
allá donde tengo el alma. *vase.*

Infant. Ha sucedido á muger
como yo tales desaires?
Cómo es posible que viva
quien ha oido semejante
injuria? Al arma, venganza,
despida el pecho volcanes,
hasta quedar satisfecha:
muera conmigo quien hace
que á una Infanta de Navarra
el decoro la profanen:
que una muger zelosa y agraviada
solo consigo misma es comprada,
que si la allige amor, y acosan zelos,
aun seguros no están de ella los Cielos.

*Váse, y sale Doña Inés en traje de caza
con escopeta, y Violante criada.*

Viol. No estás cansada, señora?

Inés. Sí, Violante, y triste estoy,
ácia el Mondego me voy,
que el Sol el Ocaso dora;
y antes que sea mas tarde,
pues Pedro no viene, quiero
retirarme. *Viol.* Siempre espero
que hagas de tu gusto alarde,
sin cuidados amorosos.

Inés. Violante, no puede ser,
que en lá que llega á querer
no hay instantes mas gustosos
que los que dá á su cuidado.
Qué será no haber venido
mi Pedro? *Viol.* Le habrá tenido
el Rey su padre ocupado:
desecha ya la tristeza
que te allige. *Inés.* No te asombre,
que aunque Pedro es Rey, es hombre,
y temo olvidos. *Viol.* Su Alteza
solo en tí vive, señora,
solo tu amor le desvela.

Inés. Como el pensamiento vuela,
hizo este discurso ahora:
Violante, advierte mi pena,
que no temo sin razon,
ni esta profunda pasion
es bien que la juzgue agena.
El Principe mi señor,
aunque amante le he advertido,
se vé, Violante, querido,
y esto aumenta mi temor.
Advierto que está delante
contrastando mi fortuna
una hermosa Venus, y una
Blanca, de Navarra Infanta.
Su padre quiere casarle,
aunque casado se vé,
y puede ser que mi fé
llegue, Violante, á casarle;
mira tú si mi fortuna
infelice puede ser,
que á la mas cuerda muger
se la doy de dos la una:
toma esa escopeta allá,
ya que esta la Quinta es.

Viol. Descansa, señora, pues.

Inés. Todo disgusto me dá.

Viol. Quieres, señora, que cante,
para divertir tu pena,
una letrilla muy buena
que te alegre? *Inés.* Sí, Violante,
canta, y no por alegrar
mi pena te lo consiento,
sino porque á mi tormento
quisiera un rato aliviar.

Canta Viol. Saude da miña
cando vos vería?

Inés. Diga el pensamiento,
pues solo él lo siente,
adorado ausente,
lo que de vos siento:
mi pena y tormento
se trueque en contento
con dulce porfia.

Inés y Viol. Saude miña,
cando vos vería?

Canta Viol. Miña saude,
caro señor meu,

á quien diré eu
tamañe verdade:
La miña vontade
cuidadosa persuade
de noite, y de dia:
Saude miña,
eando vos vería?

Viol. Parece que se ha dormido;
y con paso diligente
vuelçe atrás la hermosa frente,
todo el curso suspendido.
Dexarla quiero al beleño
de este descanso entre tanto
que dá treguas á su llanto:
árbo'es, guarda la el sueño. *vase.*

Salen el Príncipe y Brito.

Princ. Gracias á Dios, Brito amigo,
que he salido á ver mi bien:
Quién fue mas dichoso? quién
pudo igualarse conmigo?
Posible es, Brito, que estoy
donde pueda ver mi esposa,
entre cuya llama hermosa
simple mariposa soy?

Brit. Tan posible, que llegamos
á la Quinta que está enfrente
del Mondego. *Princ.* Aguarda, tente.

Brit. Has visto algo entre los ramos?

Princ. No ves á Ines celestial,
que aquí á la vista se ofrece?

Brit. Que está dormida parece
al margen de aquel cristál
que la fuente vierte: calla,
no la despiertes, señor.

Princ. Díselo, Brito, á mi amor.

Brit. Luego quieres despertarla?

Princ. Quiero, Brito, y no quisiera
impedirla el descansar.

Brit. Será lástima inquietar
su sosiego. *Soñando Inés.*

Inés. Tente, espera.

Princ. Parece que habla? *Brit.* Estará,
señor, entre sueños hablando.

Princ. Qué estará mi bien soñando?

Brit. Contigo el sueño será.

Vuelve á hablar como soñando.

Inés. Que me mata, tente, aguarda:

Alonso, Dionís, Violante.

Princ. Dexa, Brito, que adelante
pase, porque ya se tarda
mi deseo en ver despierto
mi bello sol. *Brit.* Llega, pues:
pero despertar. á Inés
será grande desacierto.

Inés. No me maten tus rigores:
por qué me quitas la vida,
Pedro, Pedro de mi vida,
esposo, mi bien: :: *Princ.* Amores,
mucho he debido al pesar
que en tí ha ocasionado el sueño,
pues te traxo, hermoso dueño,
en mi pecho á descansar.

Inés. Pedro, señor, dueño amado.

Princ. Qué tienes, Inés?

Inés. Soñaba *Despierta.*
que la vida me quitaba:::

Princ. Quién? *Inés.* Un León coronado,
y á mis dos hijos (ay Cielos!)
de mis brazos agenaba,
y airado los entregaba
(aun no cesan mis rezelos)
á dos brutos, que inhumanos
los apartaron de mí.

Princ. Eso, Inés, soñaste? *Inés Sí.*

Princ. Fueron tus rezelos vanos;
desecha, Inés, el dolor,
cóbrate mas valerosa:
sí bien estás mas hermosa
con el susto y el temor.

Inés. Eres mio? *Princ.* Tuyo soy.

Inés. Y tuya mi fé será.

Brit. Adonde Violante está?
á pedirla zelos voy. *vase.*

Inés. Nunca como hoy, dueño mio,
temí de tu amor mudanzas,
no porque de tí no fio,
sino por ser desdichada.
Apenas de nuestra Quinta
salí á caza esta mañana,
quando vi una tortolilla,
que entre los chopos lloraba
su amante esposo perdido:
Yo, de verla lastimada,
llegué á temer, que mi suerte

no me traxese á imitarla.

Ví luego, que de una vid
un olmo galán se enlaza,
y envidiosa de sus dichas,
tambien se me turbò el alma,
pues un tronco bruto goza
posesion mas bien lograda,
y yo apenas gozo el bien,
quando todo el bien me falta.
Y como en la tortolilla
he visto mas declaradas
mis sospechas temerosas,
siendo yo tan desdichada,
mucho no es, Pedro, que tema
llegar á imitar sus ansias?

Princ. Inés, si el Sol en la tierra,
como produce las plantas,
infundiera en cada flor
una deidad, y llegára
á reducir las bellezas
con las de tu hermosa cara
(que es la mayor, dueño mio,) en otra muger, palabra
te doy, que siendo tuyo,
en mi corazon no hallára
ni un cortesano cariño,
ni una amorosa palabra,
ni un pequeño ofrecimiento,
ni un afecto en que mostrára
átomos de la afición
con que te adoro, que tanta
fuerza tiene tu hermosura
desde que está retratada
en mi pecho, que tu nombre
tiene por objeto el alma:
Alfonso y Dionís adonde
están? *Sale Alonso, niño.*

Alons. Padre? *Princ.* Prenda amada?
y vuestro hermano. *Alons.* Señor,
ahora merendando estab;
quieres que vaya á llamarlos?

Princ. Sí, mi vida. *Inés.* Espera, aguarda.
Salen Brito y Violante alborotados.

Brit. Señor, señor; oye. *Princ.* Brito,
qué dices? *Viol.* Señora:::

Inés. Cielos,
qué es esto? dílo, Violante.

Viol. Dílo, Brito, que no puedo.

Princ. De qué os turbais? hablad ya.

Brit. Por la orilla del Mondego
y el camino de la Quinta
tres coches se han descubierto,
y del Rey parecen. *Inés.* Ay
mas desdichas!

Princ. Vé en un vuelo,
y reconoce quién es.

Brit. Yo ya he visto, aunque de lejos,
que el Rey y la Infanta vienen,
Alvar Gonzalez con ellos,
y Egas Coello. *Princ.* Ambos son
dos traydores encubiertos.

Viol. Ya llegan.

Inés. Pues yo me voy.
á retirar. *Princ.* Detenéos,
señora, que estando yo
con vos, no hay que temer riesgos.

*Salen el Rey, D. Alonso, la Infanta, Alvar
Gonzalez, Egas Coello, y acom-
pañamiento.*

Rey. Aquesta es la Quinta, entrad.

Pedre? *Princ.* Señor, qué es aquesto?

Infant. Ahora empieza mi venganza.

Inés. Ahora empiezan mis zelos.

Rey. Ahora empieza mi castigo.

Princ. Ahora empieza mi tormento.

Alv. Ahora se enoja el Rey.

Egas. Ahora la echa del Reyno.

Viol. Ahora te echan á Galtras.

Brit. Ahora te dán doscientos
por alcabueta, Violante.

Viol. Miente, y calle.

Brit. Callo, y miento.

Rey. No sé como reportarme.

En fin, Príncipe Don Pedro,
ocasionais á que haga
vuestro padre estos excesos
de salir para buscaros
fuera de la Corte? *Inés.* Cielos,
temiendo estoy su rigor;
pero con todo, yo llevo.

Déme vuestra Magestad
á besar su mano. *Rey.* El cielo
mayor belleza ha formado!
de mirarla me enternezco. *ap.*

Cómo os llamais? *Inés.* Doña Inés de Castro. *Rey.* Alzaos del suelo.

Inés. Quien á vuestros pies se vé, goza, señor, de su centro, pues en ellos: *Rey.* Levantad.

Inés. Toda mi ventura tengo.

Rey. Qué honestidad! qué cordura! Quién es este caballero?

Princ. Un deudo cercano mio.

Rey. Tambien vendrá á ser mi deudo: muy lindo es: cómo os llamais?

Alons. Alonso, al servicio vuestro.

Rey. Por vuestro abuelo será.

Inés. Tienes muy honrado abuelo.

Rey. Y muy hermosa y muy noble madre. *Inf.* Qué ha sido esto, Cielos!

Rey. Vamos. *Inf.* A esto el Rey me trae? perderé el entendimiento.

Rey. Venid, Infanta. *Coell.* Señor, ved que para vuestro Reyno este inconveniente es grande.

Alv. Y con este impedimento de Doña Inés, Doña Blanca no logrará su deseo de casar en Portugal.

Rey. Ya lo he mirado, Egas Coello; mas no es ocasion ahora de salir de tanto empeño.

Alons. Dadme la mano, señor, y la bendicion. *Rey.* Qué bueno! hay mas gracioso muchacho!

Infant. Mis desdichas voy sintiendo.

Rey. A Dios, Doña Inés. *Inés.* Señor, guarde mil años el Cielo á vuestra Real Magestad para mi señor, y dueño

de mi alvedrío. *Rey.* Ay Inés! quanto con el alma siento

no poder aquí, aunque quiera, mostrar lo mucho que os quiero.

Brit. Violante, á Dios, que me voy.

Viol. Brito, á Dios, que lo deseo.

Princ. A Dios, Inés de mi vida.

Inés. A Dios, adorado dueño.

Princ. Muerto voy.

Inés. Yo sin alma.

Princ. Qué desdicha!

Inés. Qué tormento!

JORNADA SEGUNDA.

Salen la Infanta, y Elvira criada.

Infant. Esta es ya resolucion: no me aconsejes, Elvira.

Elv. Infanta, señora, mira que aventuras tu opinion.

Infant. Aunque lo advierto, no ignoro tambien que un desprecio tal, una muger principal atropella su decoro.

Dexa ya de aconsejarme, y repara que agraviada, ofendida, y despreciada, he de morir, ó vengarme.

A muchas han sucedido desprecios de voluntad, mas no de la calidad que yo los he padecido.

Bien, que Inés es muy bizarra; y aunque hermosa llegue á verse, no es justo llegue á oponerse á una Infanta de Navarra: que compitiendo las dos, aunque es grande su belleza, para igualar mi grandeza es poco el sol, vive Dios.

Alv. El Rey sale. *Infant.* Pues, Elvira, déxame sola, que ahora he de hablar claro. *Elv.* Señora: :

Infant. Obedece, calla, y mira.

Alv. Ya me voy, y ruego al Cielo que se acabe tu cuidado. *vase.*

Infant. El agravio declarado no admite ningun consuelo.

Sale el Rey solo.

Rey. Ninguno llegue conmigo, déxame solo, Coello, que á solas pretendo hablarla; quisiere desenojarla.

Infant. Pues me ofrece su cabello la ocasion, quiero lograr mi intento: Señor? *Rey.* Infanta?

Infant. Tanto favor? merced tanta? que vos me vengais á honrar?

Gran ventura!

Rey. Blanca hermosa,
tanto os estimo y venero,
tanto, bella Infanta, os quiero,
que fuera dificultosa
la acción que para serviros
no emprendiera; y este afecto,
hijo de vuestro respeto,
me obliga siempre á asistiros
con un mudo afecto, y tal,
que en lo discreta y bizarra,
dudo si sois en Navarra
nacida, ó en Portugal.

Infant. Con tanto favor tratais
mi fé, que ciega os adora,
que confusa el alma ignora
el modo con que me honrais.
Pero advierte mi cuidado,
viendo estos extremos dos,
que me habeis querido vos
hablar como despejado.
Y advertido del rigor
que el Principe usa conmigo,
como su padre, y su amigo,
me mostrais en vos su amor.

Rey. En qué estaba divertida,
hija mia, vuestra Alteza?

Infant. Solo en pensar la presteza,
gran señor, de mi partida.

Rey. Cómo con tal brevedad,
Infanta, os queréis partir?

Infant. Eso le quiero decir,
oyga vuestra Magestad.
Per éoncierto de mi hermano,
y vuestro (mudos pesares,
hoy hable la estimacion,
los demás afectos callen)
á este Mar de Portugal,
de nuestros Navarros Mares,
en una Ciudad de leños,
en una Esquadra volante
de Delfines, que volaban
á competencia del ayre,
llegué, señor (ay de mí!)
un Lunes, para mí Martes;
que en el dueño, y no en el día,
se contienen los azares.

Fue tan próspero y feliz
este deseado viage,
que pareció que anunciaban
tan venturosas señales,
presagios de la desdicha,
que ahora llega á atormentarme.
Salió vuestra Magestad
á recibirme y honrarme
con su persona y amor,
que son afectos de padre.
Y quando al Principe (ay Cielos!)
esperaba para darle,
entre la mano de esposa,
tiernos requiebros de amante,
posesion del alvedrío,
uniendo las voluntades,
supe que quedó en Lisboa,
sin que su cuidado pase
siquiera á saber con quien
su Alteza espera casarse.
Este cuidado, ó descuido
cuidadoso, fueron parte
para empezar (qué desdicha!)
toda el alma á alborotarle,
y á temer lo que lloré
dentro de pocos instantes.
Quatro veces murió el sol
en los brazos de la tarde,
por cuya muerte la noche
vistió lutos funerales,
primero que de su quarto
fuese al mio á visitarme:
si fue agravio á mi decoro,
júzguelo quien amar sabe.
Al fin, vuestra Magestad
fué á visitarle una tarde,
lo que le mandó no sé;
mas bien puedo ásegurarme,
que en defender mi justicia
sería todo de mi parte.
Al fin me vió, y los empeños,
que tuve solo un instante
que le dí audiencia, no es bien
que mi lengua los relate;
básteme, siendo quien soy,
que los sepa, y que los calle;
que á no ser dentro de mí

tan bizarra y tan galante,
 cómo pudiera pasar
 por el tropél de desaires
 que me han sucedido? cómo,
 sin que abortára volcanes,
 que en cenizas convirtiera
 á quien intentó agraviarme
 atrevido, y poco atento?
 Vamos, señor, adelante,
 y perdonad que los zelos
 lleguen á precipitarme,
 y el corazon á los labios
 se asome para quejarse.
 Pasadas muchas injurias,
 (que es bien al silencio pase)
 á una Quinta del Mondego
 fui, porque vos me llevasteis,
 á volver mas despreciada
 que me habia mirado antes,
 pues se siente mas la ofensa,
 quando delante se hace
 de quien, mirando el desprecio,
 llegará á vanagloriarse.
 Esto, señor, que parece
 que es sentimiento que hace
 mi persona en lo exterior,
 segun os muestra el semblante,
 no es sino que asi he querido
 de mi suceso informarte,
 porque sepas, que no ignoro
 lo que vuestra Alteza sabe;
 que á no ser asi, es sin duda
 que no pasára el desaire
 de ir á requebrar los nietos,
 quando me ofreció vengarme.
 Y á no ser así tambien,
 cómo pudiera llevarse
 que Doña Inés compitiera
 (aunque son muchas sus partes)
 conmigo? que no lo hermoso
 igualar puede á lo grande.
 Decid al Principe vos,
 no como Rey, como padre,
 que sus empeños disculpo,
 que ha acertado en emplearse
 en quien tan bien le merece,
 y que mire quando agravie,

que no todas, como yo,
 podrán desapasonarse.
 Este pliego es á mi hermano,
 donde le pido que trate
 de enviar por mí, sin que sepa
 lo que ha podido obligarme,
 que no es bien que le dé cuenta
 de semejantes desaires.

Con mi partida, señor,
 pongo fin á mis pesares,
 principio al gusto de Inés,
 y medio para que trate
 Don Pedro su casamiento,
 sin que yo pueda estorbarle:
 que aunque ya lo está en secreto,
 como llegó á declararme,
 parece que aumenta el gusto
 saber que todos lo saben.

A Dios, señor, no me tenga
 tu Magestad, ni me trate
 jamás, sino de partirme,
 porque sería obligarme
 á que haga por detenerme
 lo que no por despreciarme;
 que aunque ahora soy prudente,
 no sé, en llegando á enojarme,
 si me valdrá la prudencia
 para no precipitarme.

No detenerme, es cordura;
 á mi quarto voy, que es tarde;
 no hay, señor, de qué advertirme,
 pues que llegué á declararme,
 todo lo habre ya mirado:
 voy muriendo, el Cielo os guarde.

Rey. Oye, Infanta. *Inf.* Alonso invicto,
 vuestra Magestad no mande
 que un instante me detenga,
 ó vive Dios que á esos mares!
 Partenope desdichada
 me arroje para anegarme. *vase.*

Rey. Alvar Gonzalez, Coello.

Salen los dos.

Alv. Señor. *Rey.* Partid al instante,
 y detened á la Infanta.

Alv. Ya voy. *vase.*

Egas. El Principe sale.

Rey. No sé como de mi enojo

ahora podrá librarse.

Que así me empeñe mi hijo!
irme quiero sin hablarle,
que si le hablo sospecho
que no podré reportarme.

Sale el Principe solo.

Princ. Señor, vuestra Magestad
conmigo ayrado el semblante!
la espalda volveis, señor,
á vuestra hechura! *Rey.* Dexadme,
no me habéis, que estoy cansado
de ver vuestros disparates.
Principe, no me veáis.
Egas Coello, aquesta tarde
de Santaren al Castillo
le llevad preso, allí pague
inobediencias, que han sido
causa de males tan grandes.

Egas. Qué Principe tan prudente!

Princ. Pues yo, señor: por qué::: *Rey.* Baste:
ahora vereis si es mejor
obedecer, ó enojarme. *vase.*

Princ. En fin, Coello, que voy
preso á Santarén? *Egas.* Así
lo manda su Alteza: á mí,
que noble criado soy,
me toca el obedecer.

Princ. Sois vos mi Alcaýde?

Egas. El cuidado
y el guardaros ha fiado
á mi noble proceder,
y á sola la lealtad mia,
y así es forzoso el hacello.

Princ. Si ahora anochece, Coello,
mañana será otro día.

Egas. En qualquier aurora es
mi lealtad muy de Español.

Princ. Mil cosas fomenta el Sol,
que las deshace despues.

Egas. Yo sé que llego á servir
con fe, señor, verdadera;
y así, muera quando muera,
como os sirva con morir.

Princ. Creo, que pena os ha dado
el verme que preso voy.

Egas. Sé que vuestro esclavo soy,
y que solo mi cuidado

os sirve días y noches
como criado de ley.

Princ. Coello, sirvamos al Rey,
id á prevenir los coches.

Vase Coello, y sale Brito.

Qué hay, Brito? qué te parece
de estrella tan importuna?

Brito. De esto nos dá la fortuna
cada día que amanece.

Princ. Qué doloroso trasunto!
muerto estoy, estoy perdido.

Brit. Solo Velerma ha vivido
con el corazon difunto.

Princ. Parte, Brito, dila á Inés:::
así te vés. *Hace Brito que se vá.*

Brit. Por qué no?

Princ. Qué la dirás? *Brit.* Qué sé yo,
ya te lo diré despues.

Quisiera, señor, ponerme
en la Iglesia de San Juan,
porque esperezos me dán
de que el Rey ha de prenderme.

Princ. Si eso temes, Brito, vete;
mas por qué te ha de prender?

Brit. Facil es de conocer,
porque he sido tu alcahuete,
y en ocasion semejante
llegára á sentir de veras
ir á bogar á Galeras,
como me dixo Violante.

Princ. Brito, vé á la esposa mia,
y dila que pierdo el seso
hasta que la vea.

Brit. Y trás eso,
como el Rey preso te envia.

Princ. Pues si preso me tenía,
para qué dos veces preso?
que á explicar mi sentimiento
no basta; y si en eso te obligo,
dí todo lo que no digo,
pues no cabe en lo que siento.

Brit. Diréla, que partes ciego
por su amor, lo que la adoras,
lo que suspiras y lloras,
quanto te abrasa su fuego.

Princ. A mucho te has obligado,
que el mal á que estoy rendido

bien cabe en lo padecido,
mas no cabe en lo explicado.
Dila, que el Rey, inhumano:::
Oyes, Brito, y no la aflijas,
y aquellas dos perlas, hijas
de aquel nacar castellano:::

Brit. No te entenezeas, señor,
mira que llorando estás.

Princ. Ay Brito! no puedo mas.

Brito. Adonde está tu valor?
préndate el Rey, que el proceso
podrás romper algun día.

Princ. Mas si preso me quería,
para qué dos veces preso? *vanse.*

Salen Doña Inés y Violante.

Viol. Acabaste el papel? *Inés.* No.

Viol. Per qué?

Inés. Porque he reparado,
que no cabrá mi cuidado
ni mis finezas en él.

Viol. Leíste la glosa? *Inés.* Sí;
y es tal, que pude llegar,
quando la miré, á pensar
que se escribió para mí.

Viol. Sabesla ya? *Inés.* Ya la sé.

Viol. Toda?

Inés. Nada hay que te espante:
mientras estuve, Violante,
en mi quarto la estudié.

Viol. Quieres decirla, señora?

Inés. Sí, Violante, aquesta es:
atiende.

Viol. Ya escucho. *Inés.* Pues
no te diviertas ahora.

Mi vida, aunque sea pasión;
no quería yo perdella,
por no perder la ocasión
que tengo de estar sin ella.

Dichoso y favorecido
me ví, Nise, en un instante,
y luego pasé de amante
á extremo de aborrecido:
mas aunque ayrado Cupido
la flecha trocó en harpón,
no pudo ser ocasión
para desear mi muerte,
que he de querer por quererte,

mi vida, aunque sea pasión.
El alma con que vivía
se fue á tí, quando pensaba
que en mi pecho la hospedaba
como tuya siendo mia;
y aunque la pérdida vía,
sin formar de amor querella,
contento me ví sin ella;
mas á no ser en despojos,
Nise, de tus bellos ojos
no quería yo perdella.

Gobierno del hombre ha sido
voluntad y entendimiento,
con que á la razon atento,
mientras hombre fui, he vivido;
pero despues que Cupido
puso en tí mi inclinacion,
puede tanto mi pasión,
que jamás, bella muger,
no te quisiera perder
por no perder la ocasión.
Cautivo y sin libertad
vivo despues que te ví,
y aunque viví en mí sin mí,
rendido á tu voluntad,
esperé de tí piedad,
pero despues que á mi estrella
tu imperio, Nise, atropella,
es tan contraria mi estrella,
que ella misma me asegura
que tengo de estar sin ella.

Sale Brit. Esconde, Inés, si es posible,
que no será facil, de esos
peligrosos dulces ojos
los hermosos rayos negros.
Esconde por vida tuya
la canícula, lo fresco,
lo florido, lo nevado,
lo apacible, lo severo,
lo buscado, lo temido,
lo jugueton, lo compuesto,
lo alegre, lo mesurado,
lo lindo, lo mas que bello
de esa eaza, que un nublado
no le ha de faltar á un cielo,
donde hay tantas pesadumbres.

Inés. Qué dices? *Brit.* Vete de presto,

que viene la Infanta acá.

Inés. La Infanta acá? *Brit.* Pretendiendo hallar en esa ribera, por no perder el trofeo, una Garza que del ayre hoy ha derribado, entiendo que ha de llegar. *Inés.* Oye, Brito, Garza? *Brit.* Sí.

Inés. Y ella la ha muerto?

Brit. Sí, ella ha sido, que á volar con un esquadron soberbio de pájaros salió armada.

Inés. Esquadron seria de zelos, pues vino á matarme á mí.

Brit. En un alazán soberbio, con la rienda en la una mano, y en la otra mano uno de ellos, la vieras como una Palas, ó la borracha de Venus.

Inés. Valgame Dios! qué he de haecer? quiero retirarme, quiero que no me vea; mas no, sin duda es mejor acuerdo esperarla, y ver si pueden cortesanos cumplimientos obligarla. *Brit.* Dices bien.

Inés. Dime ahora de mi dueño: Cómo le dexaste, Brito? Tiene el Principe Don Pedro salud? *Brit.* Aunque de su parte solo á visitarte vengo, para que sepas, señora, lo que pasa allá de nuevo, no es posible; solo digo por ahora, que te puedo asegurar que esta noche vendrá á verte.

Inés. Cierto? *Brit.* Cierto.

Inés. Y dime, Brito, qué hay de la Infanta? *Brit.* Que la veo ya junto á tí. *Inés.* En hora mala venga á estorbar mis intentos.

Sale la Infanta, Alvar Gonzalez, Coello y Cazadores.

Infant. Mucho he sentido perderla.

Alv. Remontó, señora, el vuelo tanto, que ha sido imposible

el hallarla. *Infant.* El ayre creo, que en sí la habrá transformado para volar mas ligero, pues de ella envidioso, pudo tomar ligereza. *Inés.* El Cielo dé á vuestra Alteza, señora, la vida que yo deseo.

Inf. No me estuviera muy bien: *ap.*

Inés, levantad del suelo; vos aqui? *Inés.* Si esta ventura de hablaros, señora, y veros por estar aqui he ganado, decir sin lisonja puedo que solo he sido dichosa aqueste instante que os veo.

Inf. Cómo estais? *Inés.* Para serviros como mi señora y dueño.

Inf. Parece que está muy triste; *ap.* si ha sabido que á Don Pedro le prendió el Rey? es sin duda: pues, amor, examinémos si podeis vivir en mí, que aunque muerto ya os comtemplo, para llegarlo á creer falta el ultimo remedio.

Triste estais? *Inés.* Señora, yo?

Inf. No os aflijais, que os prometo que me holgara de poder daros, Doña Inés, consuelo. El Principe en asistiros nunca pudo ser eterno, siempre ha menester casarse: ya lo está conmigo. *Inés.* Cielos! qué decis? *Inf.* Que á Santarén, como ya sabeis, fue preso, y saldrá, para que así, en un dichoso hymenéo, junte dos almas, que vos habeis dividido. *Inés.* Esto no se puede ya llevar, *ap.* que fuera de ser desprecio, son zelos; y nadie ha habido cuerda en llegando á tenerlos: Responderla quiero. *Inf.* Inés, suspended un poco el vuelo con que altiva habeis volado: reducios á vuestro centro,

y sirvaos de correccion,
de aviso, y de claro exemplo,
que á una Blanca Garza, hija
de la hermosura del viento,
voló esta tarde, y altiva,
quando ya llegaba al Cielo,
la despedazó en sus garras
un Gerifalte soberbio,
enfadado de mirar
que á su coronado ceño
desvanecida intentase
competir; esto os advierto,
Inés, no mas que de paso,
ya me entenderéis. *Inés.* No puedo
callar ya. *Alv.* Mucho la Infanta
se ha declarado. *Egas.* Yo temo
alguna desdicha aquí.

Inés. Infanta, con el respeto
que á tanta soberanía
se debe deciros quiero
que no ajeis de mi nobleza
lo encumbrado con exemplos.
Yo soy Doña Inés de Castro
Coello de Garza, y me veo,
si vos de Navarra Infanta,
Reyna de aqueste emisferio
de Portugal, y casada
con el Principe Don Pedro
estoy primero que vos;
mirad si mi casamiento
será, Infanta, preferido,
siendo conmigo hoy primero.
No penseis, señora, no,
que es profanar el respeto
que debo hablaros así,
sino responder, que intento
desempeñar á mi esposo,
pues si él asiste en mi pecho,
con él hablais, no conmigo;
y puesto que soy él, debo,
si hablais como Doña Blanca,
responder como Don Pedro.

Infant. Inés, cómo os olvidais
que la que cayó del Cielo
era Garza? *Inés.* Y Blanca tambien,
segun vos dixisteis. *Inf.* Bueno;
vos me respondeis á mí

equivocos desacuerdos?

Inés. Mal hecho: yo, señora::

Alv. Que así perudiese el respeto
á tanta soberanía!

Inés. Si dixes (valgame el Cielo)
que era Blanca:: *Inf.* Bien está,
retiraos. *Inés.* Amor, qué es esto?

Egas. El Rey viene ya. *Inf.* Mi enojo
quiero reprimir. *Inés.* Yo entro
temerosa y afligida.

Vamos, Violante, que espero
hallar en Dionís y Alonso
á mi pena algun consuelo.

*Vanse Inés y Violante, sale el Rey
y acompañamiento.*

Rey. Lograr no pensé el hallaros.

Brit. Voy á decir á Don Pedro
todo quanto ha sucedido. *vase.*

Rey. Hija, Infanta, qué es aquesto?
cómo ha pasado la tarde
vuestra Alteza en el empleo
de la caza? *Inf.* Gran señor,
en la falda de ese cerro,
que la guarnece de plata
un cristalino arroyuelo,
descubrimos una Garza;
y aunque al remontar el vuelo
perdió la vida, volvió
á vivir, señor, de nuevo:
que no tengo con las Garzas
ni jurisdiccion ni empleo
despues que una Garza á mí
con viles zelos me ha muerto.

Rey. No os entiendo. *Inf.* Ay, gran señor!
pues bien podeis entederlo,
que no es la enigma difícil,
ni es el engaño encubierto.
Doña Inés ahora acaba
de decirme que Don Pedro
el Principe es ya su esposo;
y aunque él lo dixo primero,
no lo creí, por juzgar
que pudiera ser incierto;
mas despues que Doña Inés,
sin decoro y sin respeto,
se atrevió á decirlo aqui,
ha sido fuerza el creerlo.

Rey. Que la modestia de Inés,
virtud y recogimiento
pudo atreverse á perder
la veneracion que os tengo!
Vive Dios, Alvar Gonzalez,
que el Principe, loco y ciego,
ha de ocasionarme á dar
con su muerte un escarmiento
tan grande, que á Portugal
sirva de futuro exemplo:
yo remediaré esta injuria.

Infant. Señor, el mejor remedio
es el no buscarle, pues
desde este instante os prometo
olvidar, que solo olvido
puede ser, si bien lo advierto,
medio para que se acabe
mi enojo, señor, y el vuestro.

Rey. Qué os parece, Alvar Gonzalez?

Alv. Señor, si ya todo el Reyno
espera con alegría
este feliz casamiento,
será grande inconveniente
(asi, gran señor, lo entiendo)
que no llegue á executarse;
y así fuera buen recuerdo
apartar á Doña Inés
de Portugal. *Rey.* Cómo puedo,
si está casada? *Alv.* Señor,
quando aquesse impedimento,
que es el mayor, no se pueda
remediar:: *Rey.* Dadme consejo.

Alv. Me parece que la vida
de Inés:: *Rey.* Qué decís?

Alv. Entiendo::

Rey. Declaraos: por qué teméis?
acabad. *Alv.* Tengo por cierto
que peligrará. *Rey.* Por qué?

Alv. Señor, porque en solo eso
consistía el que pudiese
gozar la Infanta á Don Pedro.

Infant. Eso no, que mis agravios,
aunque ofendida los siento,
no han de pasar á poder
conmigo mas, que yo puedo.
Viva mil siglos Inés,
que si hoy por ella padezco,

no es culpada en mis desdichas,
yo sí, pues yo las merezco.

Rey. Vamos á mirar mejor
lo que se ha de hacer en esto.

Alv. A la Ciudad? *Rey.* No, que estoy
cansado, y algo indispuesto:
vamos á la Casería,
Alvar Gonzalez, de Coello.

Infant. Está cerca? *Alv.* Sí señora.

Rey. Disponed, piadoso Cielo,
modo para consolarme,
que si aquesto dura, temo
que me han de acabar la vida
pesares y sentimientos.

Inf. Vamos, señor. *Rey.* Vamos, hija.

Inf. Qué valor! *Rey.* Qué entendimiento!

Inf. Qué prudencia! *Rey.* Qué cordura!
dadme la mano, que quiero
ser vuestro escudero yo.

Inf. Tanto favor agradezco.

Rey. Quién viera de aquesta suerte,
Blanca hermosa, á vos y á Pedro!

*Vanse, y salen Doña Inés, y el Principe
Don Pedro.*

Inés. Digo, que no me aseguro.

Princ. Posible es que no conoces

que es imposible engañar,

Inés, tus hermosos soles?

Cese el disgusto, bien mio,

y acábense los rigores,

no me mates con desdenes

hasta matarme de amores.

Tú enojada? tú tan triste?

Cómo puede ser que borren

nublados de tu disgusto

tus hermosos esplendores?

Habla, Inés, dime tu pena;

por qué, mi bien, no respondes?

Mas vale, si he de morir,

que me refieran tus voces

la causa por qué me matas.

No es bien, que sintiendo el golpe,

quando no ignoro el morir,

el por qué mi bien ignore.

Inés. Señor, esposo, mi vida,
dueño mio, Pedro:: *Princ.* Ahorre
tu lengua, Inés, epitetos;

y dime ya quién te pone
á tí en tales desconuelos,
y á mí en tantas confusiones?

Inés. Tu padre:: *Princ.* Dilo. *Inf.* Pretende::

Princ. Prosigue, mi bien. *Inés.* Dispone::

Princ. Qué te turbas. *Inés.* Que te cases.

Princ. Si aqueos son tus temores,
inadvertida has andado,
pues sabes que en todo el Orbe
no he de tener otro dueño.

Inés. Aunque miro tus acciones,
esposo y señor, dispuestas
á hacerme tantos favores,
es bien adviertas que ya
la fortuna cruel dispone,
que te pierda, dueño mio
y que de tus brazos goce
la Infanta, que te previene
tu padre para consorte.

Y puesto que no es posible
que seas mio, ni que logre
mas finezas en tus brazos,
será fuerza que me otorgues,
Pedro, dueño de mi alma,
piadosas intercesiones
para que el Rey de mi vida
la vital hebra no corte.
Con tus hijos viviré
en lo áspero de los montes,
compañera de las fieras,
y con gemidos feroces
pediré justicia al Cielo,
pues que no la hallé en los hombres,
de quien de tan dulce lazo
aparta dos corazones.

Mis hijos y yo, señor,
con tiernas exclamaciones,
huérfanos, y sin abrigo,
darémos exemplo al Orbe
de los peligros que pasa,
y á quantas penas se espone
quien, sin ver inconvenientes,
se casa loca de amores.

Quien algun tiempo me quiso,
señor, es bien que me otorgue
esta merced: no padezca
quien fue vuestra los rigores

de una injusticia, mi bien,
que mármoles hay y bronces
que harán vuestra fama eterna.
Ahora es tiempo de que note
la mayor fineza en vos:
mostrad, mostrad los blasones
de vuestra heroyca piedad,
para que conozca el Orbe,
que si matarme el Rey ~~no~~ ha pretendido,
me habeis, querido dueño, defendido
con valiente osadía y fé constante
por muger, por esposa, y por amante.

Princ. No creyera, bella *Inés*,
que jamás desconfiára
de la fé con que te adoro.
Alza del suelo, levanta,
enjuga los bellos ojos,
que las perlas que derramas
parecen mal en la tierra,
en tus nácares las guarda,
que no hay en el mundo quien
se atreva, esposa, á comprarlas.

Si mi padre la cerviz
me derribára á sus plantas,
si la Infanta, que aborrezco,
la vida, *Inés*, me quitára,
porque mi padre contento
quedase, y ella vengada,
no solo fuera su esposo,
pero yo de mi garganta
derribára la cabeza
primero que me obligára
á decir sí: que te adoro
de tal suerte, prenda amada,
que sin tí no quiero vida.

Inés. Cumpliréisme esa palabra?

Princ. Digo mil veces que sí.

Inés. Pues ya mi temor se acaba.

Y cómo habeis quebrantado
la prision? *Princ.* Esta mañana
á Egas Coello le pedí
me dexase que llegára
á verte; y aunque es traydor,
temiendo que me enojára,
no lo impidió. *Inés.* Pues, señor,
volved antes que las Guardas
os echen menos, que es tarde,

y volvedme á vér mañana.

Princ. A Dios, Inés. *Inés* A Dios, Pedro,
no me olvides. *Princ.* Escusada
está, esposa, esa advertencia.

Inés. Si vuestro padre os lo manda?

Princ. No puede tener mi padre
jurisdicción en mi alma.

Inés Y si la Infanta perfía?

Princ. Aunque porfie la Infanta.

Inés. Y si el Reyno se conjura?

Princ. Aunque en crueles iras ardá.

Inés. Tanta firmeza. *Princ.* Soy monte.

Inés. Tanto amor? *Princ.* Solo le iguala
el tuyo. *Inés.* Tanto valor?

Princ. Nadie en valor me aventaja.

Inés. Tan grande fé? *Princ.* Sí, que ciego
á tus luces soberanas,
no es menester que te vea

para que te adore. *Inés.* Basta:

Ea, á Dios, mi bien. *Princ.* A Dios:
quien contigo se quedára!

Inés. Quien se partiera contigo!
muerta quedo! *Princ.* Voy sin alma!

Inés. A Dios, adorado esposo.

Princ. A Dios, esposa adorada.

JORNADA TERCERA.

Dicen dentro Cazadores.

Uno. Tó, tó, por acá, acudid
aprisa, el sabueso aprisa.

Otro. Al valle, al valle, á la fuente,
no se escape; arriba, arriba,
no se nos vaya.

Dentro Brit. Estos son
Cazadores de Cohimbra.

Unos. Subid al Monte, subid.

Otros. Huyendo vá la conchilla,
acia la fuente acudid.

Salen el Principe y Brito.

Princ. Ay Doña Inés de mi vida!
parecióme que acosada,
mal hallada y perseguida
ácia la fuente llegaba.

Brit. Quién, señor?

Princ. Mi Inés amada.

Brito. Otro agüerito tenemos?

Princ. Sin duda fue fantasía,
porque á ser verdad, es cierto
que mi esposa no se iría,
Brito, á arrojar á la fuente,
sino á las lágrimas mias.

Brito. De Santarén has venido,
y ya estamos de la Quinta
una legua poco mas:
presto la verás muy fina

entre tus brazos. *Princ.* Ay Cielos!

Brit. Y ahora por qué suspiras?

Princ. Porque no llevo á sus brazos.

Brit. Todo eso es hazañería.

Princ. Di, Brito, que este es deseo
de gozar la peregrina
deidad de Inés, que es tan grande
que solo pudo ella misma
igualarse. *Brit.* Asi es verdad.

Princ. Todas las flores de envidia
suelen quedar:: *Brit.* De qué suerte?

Princ. O agotadas, ó marchitas:

la rosa, reyna de todas,
mirando á mi Inés un día,
quedó corrida de verla
pálida y envejecida.

El clavél, Brito, agostado,
quando miró en sus mexillas
una viva púrpura envuelta
en sangre de Venus fina.

Dixome un bello jazmín:
Jamás, Principe, permitas
que tu Inés vea las flores,
porque en viendolas, corridas,
no se atreven á crecer;
y trás sí propias perdidas,
siendo maravillas todas,
dexan de ser maravillas.

Brit. Quándo te ha hablado el jazmín,
que te ha dicho esas menhiras?
tén seso, y vamos al caso.

Princ. Advierte, pues: Yo quería,
porque ninguno me viese,
no llegar hasta la Quinta;
y para el caso esta carta
de Santarén traygo escrita,
porque desde aqui la lleves;
y otra tambien prevenida

traigo para el Condestable:
llévalas, pues. *Brit.* Y me envías
con estas cartas á mí?

Princ. Pues á quien jamás se fia
mi pecho si no es á tí?
Parte, acaba. *Brit.* Y si por dicha
me encontrase Alvar Gonzalez,
y Egas Coello, que privan
con el Rey tu padre ahora,
y hecha general visita
de todas las faldriqueras,
viesen las cartas, y vistas,
me mandasen ahorcar;
pregunto, Señor, sería
buen viage el que habia hecho?

Princ. No temas, pues, que te añaña
mi valor. *Brit.* Qué linda flemal
Si estoy ahorcado, por dicha,
una vez, de qué provecho
lo que me ofiese sería
para mí? Podrá valerme
tu valor en la otra vida?

Princ. Brito, llevarlas es fuerza.
Brit. Pues por qué causa á la vista
de la Quinta te detienes?

Princ. Porque mi padre en la Quinta
me dicen que está de Coello,
que á cazar vino estos dias,
y no quiero que me vea.

Brit. Y si prosiguen la enigma
de la Garza estos dos Sacres
que la prision solicitan
de Inés; pregunto, señor,
qué hará el Príncipe? *Princ.* Por dicha,
aqueos Sacres villanos
se atreverán á mi vida?
porque guardada mi Garza,
y alentada de sí misma,
aunque con toros la cerquen,
aunque airados la persigan,
remontará tanto el vuelo
que la perderán de vista.
Y los Sacres altaneros,
quando vean que examinan
por las campañas del ayre
toda la región vacia,
cansados de remontarse,

en mirandola vecina
del Cielo, que es centro suyo,
y en él á Inés esculpida,
si la buscan Garza errante,
la hallarán estrella fixa.

Brit. Lindamente la has volado:
dí ya lo que determinas.

Princ. Que partas, Brito, al Mondego,
que yo te espero en la Quinta,
que está de allá media legua,
y una legua de Colimbra.

Brit. Allí estarás escondido
mientras yo aviso á la Ninfa
mas hermosa de la tierra.

Princ. Sí, Brito, allí determina
mi amor quedarte esperando:
allí la esperanza mia,
hasta que te vuelva á ver,
de un cabello estará asida:
allí mi amor mal hallado
aguardará á que le digas
si puede llegar á ver
el objeto que le anima:
allí, Brito, viviré,
si es que puede ser que viva
quien tiene, como yo tengo,
en otra parte la vida.

Brit. Allí puedes esperar
á que luego allí te diga
lo que allí ha pasado allí,
que has dicho mas retaila
de allies para cansar
con allies á una tia.

Cuerpo de Dios con tu allí.
Princ. Dila muchas cosas, dila
que las niñas de mis ojos,
en su memoria perdidas,
si bien como niñas lleran,
sienten también como niñas.

Brit. Viva el Principe Don Pedro.

Princ. Dí que Inés, mi dueño, viva.

Brit. Qué amor tan de Portugal!

Princ. Qué beldad tan de Castilla!

*Vanse, y salen en lo alto Doña Inés y
Violante con almohadillas.*

Inés. Qué hora es? *Viol.* Las tres han dado.

Inés. Trae, Violante, la almohadilla.



Viol. Aquí está ya. *Inés.* Pues sentadas esto que falta del día estémonos en el balcon:

Ay de mí! *Viol.* Por qué suspiras?

Inés. Porque desde ayer estoy sin el alma, que me anima.

Viol. Cantaré? *Inés.* Canta, Violante, divierte las penas mías.

Canta Viol. Es verdad que yo la ví en el Campo entre las flores, quando *Celia* dixo asi:

Ay! que me muero de amores, tengan lástima de mí.

Inés. Aguarda, espera, Violante, dexa ahora de cantar, que temo alguna desdicha, que no podré remediar.

Viol. Qué tienes, señora mía? hay algun nuevo pesar?

Inés. Por los Campos del Mondego

Caballeros ví asomar, y segun he reparado se ván acercando acá: armada gente los sigue.

Válgame Dios! qué será?

á quién irán á prender?

que aunque puedo imaginar que el rigor es contra mí, me hace llegarlo á dudar, que son para una muger muchas armas las que traen.

Viol. Jesus! señora, eso dices?

Inés. Violante, no puede mas mi temor; pero volvamos á la labor, que será inadvertida imprudencia pronosticarme yo el mal.

Salen el Rey, Alvar Gonzalez, Egas Coello y gente.

Rey. Mucho lo he sentido, Coello,

Alv. Señor, vuestra Magestad, por sosegar todo el reyno, no lo ha podido escusar.

Egas. Señor, aunque del rigor, que quereis executar, parezca que en nuestro afecto haya alguna voluntad,

sabe Dios, que con el alma la quisieramos librar; pero todo el reyno pide su vida, y es fuerza dar, por quitar inconvenientes, á Doña Inés::: *Rey.* Ea, callad: Válgame Dios Trino y Uno! que asi se ha de sosegar el reyno! A fé de quien soy, que quisiera mas dexar la dilatada corona que tengo de Portugal, que no executar severo en Inés tan gran crueldad.

Llamad, pues, á Doña Inés.

Coello. Puesta en el balcon está haciendo labor. *Rey.* Coello, vísteis tan grande beldad!

Que he de tratar con rigor

á quien toda la piedad

quisiera mostrar! *Alv.* Señor, si severo no os mostrais, peligra vuestra corona.

Rey. Alvar Gonzalez, callad, dexadme que me enternezca, si luego me he de mostrar riguroso y justiciero con su inocente beldad.

Ay Inés! como ignorante

de esta batalla campal,

es poco acero la aguja para defenderte yá!

Llamad, pues. *Alv.* Doña Inés.

mirad, que su Magestad manda que al punto baxeis.

Rey. Ay mas estraña maldad!

Inés. Ponerme á los pies del Rey, será subir, no baxar.

Quitanse del balcon.

Alv. Ya viene. *Rey.* No sé por donde la pudiera (ay Dios!) librar este rigor, de esta pena; mas por Dios [que he de intentar todos los medios posibles: *Egas Coello*, mirad que yo no soy parte en esto; y si es que se puede hallar

modo para que no muera,
se busque. *Egas.* Llego á ignorar
el modo. *Alv.* Yo no le hallo.

Rey. Pues si no le hallais, callad,
y á nada me repliqueis.

Salen Doña Inés, los niños y Violante.

Inés. Vuestra Magestad Real
me dé sus plantas, señor:
Dionís, Alonso, llegad,
y besad la mano al Rey.

Rey. Qué peregrina beldad!
Válgate Dios por muger!
quién te traxo á Portugal?

Inés. No me respondeis, señor?

Rey. Doña Inés, no es tiempo ya
sino de mostrarme áyrado,
porque vos la causa dáis
para alborotarse el Reyno
con intentaros casar
con el Principe; mas esto
es facil de remediar
con probar que el matrimonio
no se pudo hacer. *Inés.* Mirad::

Rey. Inés, no os turbéis, que es cierto
vos no os pudiste casar,
siendo mi dueña, con Pedro
sin dispensacion. *Inés.* Verdad
es, señor, la que decís,
mas antes de efectuar
el matrimonio, se traxo
la dispensacion. *Rey.* Callad,
noramala para vos,
Doña Inés, que os despeñáis;
pues si es como vos decís,
será fuerza que murais.

Inés. De manera, gran señor,
que quando vos confesais
que soy deuda vuestra, y yo
atenta á mi calidad,
ostentando pundonores,
negada á la liviandad,
para casar con Don Pedro
la dispensacion se trae,
mandáis que muera (ay de mí!
á manos de esta crueldad?
Luego el haber sido buena,
quereis, señor, castigar?

Rey. Tambien el hombre en naciendo,
parece, si le mirais,
de pies y manos atado,
reo de desdichas ya,
y no cometió mas culpa
que nacer para llorar.
Vos nacistes muy hermosa,
esa culpa teneis mas:
no sé, vive Dios, qué hacerme. *ap.*

Egas. Señor, vuestra Magestad
no se entenezca. *Alv.* Señor,
no mostréis ahora piedad,
mirad que aventurais mucho.

Rey. Callad, amigos, callad,
pues no puedo remediarla,
dexadmela consolar:
Doña Inés, hija, Inés mia.

Inés. Estoy perdonada ya?

Rey. No, sino que quiero yo
que sintamos este mal
ambos á dos, pues no puedo
librarte. *Inés.* Ay desdicha igual!
por qué, señor, tal rigor?

Rey. Porque todo el Reyno está
conjurado contra vos.

Inés. Dionís, Alfonso, llegad,
suplicar á vuestro abuelo
que me quiera perdonar.

Rey. No hay remedio. *Alons.* Abuelo mio.

Dion. No vé á mi madre llorar?
pues por qué no la perdona?

Rey. Apenas puedo ya hablar. *ap.*
Inés, que mueras es fuerza,
y aunque la muerte sintais,
sabe Dios, aunque yo viva,
quien ha de sentirla mas.

Inés. No siento, señor, no siento
esta desdicha presente,
sino porque Pedro ausente
tendrá mayor sentimiento;
antes viene á ser contento
en mí esta muerte homicida,
que perder por él la vida
no ha sido nada, señor,
porque ha mucho que mi amor
se la tenía ofrecida.
Y quando te Magestad

quiera quitarme la vida,
 la daré por bien perdida,
 que en mí viene á ser piedad
 lo que parece crueldad:
 sí bien en viendo mi muerte,
 y mi desdichada suerte,
 morirá tambien mi esposo,
 pues este rigor forzoso
 no será en él menos fuerte.
 De parte os poneis, señor,
 de Blanca, que al bien excede,
 y ayudar á quien mas puede,
 es flaqueza, no es valor.
 Si el Cielo dió á Pedro amor,
 y á mí, porque mas dichosa
 mereciese ser su esposa,
 belleza de él tan amada,
 no me hagais vos desdichada,
 porque me hizo Dios hermosa.
 Sed piadoso, sed humano:
 quál hombre, por lo cortés,
 vió una muger á sus pies
 que no la diese una mano?
 Atributo es soberano
 de los Reyes la clemencia:
 tenga, pues, en mi sentencia
 piedad, vuestra Magestad,
 mirando mi poca edad,
 y mirando mi inocencia.
 No os digo tales afectos,
 aunque el sentimiento elijo,
 por muger de vuestro hijo,
 por madre de vuestros nietos,
 sino porque hay dos sugetos
 que muerto el uno, ambos mueren;
 pues si dos liras pusieren
 sin disenancia ninguna,
 herida sola la una,
 suena esotra que no hieren.
 Nunca, dí, llegaste á ver
 una nube, que hasta el Cielo
 sube, amenazando el suelo,
 y entre el dudar y el temer
 irse á otra parte á verter,
 cesando la confusion,
 y no en su misma region?
 Pues en Pedro esto ha de ser,

siendo nubes en su sér,
 son llanto en mi corazon.
 No oíste de un delincuente,
 que por temor del castigo,
 llevando á un niño consigo,
 subió á una torre eminente,
 y que por el inocente
 daba el sustento forzoso
 á entrambos el Juez piadoso?
 Pues yo á mi Pedro me así;
 dadme vos la vida á mí,
 porque no muera mi esposo.
Rey. Doña Inés, ya no hay remedio;
 fuerza ha de ser que murais,
 dadme mis nietos, y á Dios.
Inés. A mis hijos me quitaís?
 Rey Don Alonso, señor,
 por qué me quereis quitar
 la vida de tantas veces?
 Advertid, señor, mirad
 que el corazon á pedazos
 dividido me arrancaís.
Rey. Llevadlos, Alvar Gonzalez.
Inés. Hijos míos, donde vais?
 donde vais sin vuestra madre?
 falta en los hombres piedad?
 Adonde vais, luces mías?
 Cómo? qué así me dexais
 en el mayor desconsuelo
 en manos de la cueldad?
Alons. Consuélate, madre mía,
 y á Dios te puedes quedar,
 que vamos con nuestro abuelo,
 y no querrá hacernos mal.
Inés. Posible es, señor, Rey mio,
 padre, que así me cerrais
 la puerta para el perdón!
 Qué no llegueis á mirar
 que soy vuestra humilde esclava!
 La vida quereis quitar
 á quien rendida teneis!
 Mirad, Alfonso, mirad,
 que aunque os llevais á mis hijos,
 y aunque su abuelo seais,
 sin el amor de la madre
 no se han de poder criar.
 Ahora, señor, ahora,

ahora es tiempo de mostrar
el mucho poder que tiene
vuestra Real Magestad.

Qué me respondeis, Rey mio?

Rey. Doña Inés, no puedo hallar
modo para remediaros,
y es mi desventura tal,
que tengo ahora, aunque Rey,
limitada potestad.

Alvar Gonzalez, Coello,
con Doña Inés os quedad,
que no quiero ver su muerte.

Inés. Cómo, señor, vos os vais,
y á Alvar Gonzalez y á Coello

inhumano me entregais?

Hijos, hijos de mi vida,
dexádmelos abrazar:

Alonso, mi vida, hijo;

Dionís, amores tornad,

tornad á ver vuestra madre;

Pedro mio, donde estás;

que así te olvidas de mí?

Posible es que en tanto mal
me falte tu vista, esposo!

Quién te pudiera avisar

del peligro en que afligida.

Doña Inés tu esposa está!

Rey. Venid conmigo, infelices
Infantes de Portugal.

O nunca, Cielos, llegára
la sentencia á pronunciar!
pues si Inés pierde la vida,
yo tambien me voy mortal.

Vase el Rey con los niños.

Inés. Que al fin no tengo remedio!

Pues, Rey Alonso, escuchad:

Apelo de aqui al supremo

y divino Tribunal,

adonde de tu injusticia

la causa se ha de juzgar.

*Vase, y sale el Principe con una caña en
la mano.*

Princ. Cansado de esperar en esta Quinta,
donde Amaltéa sus Abriles pinta
con diversos colores,
quadros de murta, arrayán y flores,
sin temer el empeno,

me he acercado por ver mi hermoso dueño,
á esta caña arrimado,

que por humilde solo la he estimado,

pues al verla me ofrece

que en lo humilde á mi esposa se parece.

Entré por el jardin sin que me viera

el jardinero, paso á la escalera,

y sin que nadie en casa haya encontrado,

he llegado á la sala del estrado.

Ola, Violante, Inés, Brito, Criados:

nadie responde? Pero qué enlutados

á la vista se ofrecen?

el Condestable y Nuño me parecen.

Salen el Condestable y Nuño con luto.

Condest. Válgame Dios!

Nuño. El Principe es sin duda.

Condest. Yerta tengo la voz, la lengua muda.

Princ. Condestable, qué es esto? qué hay de
nuevo?

Condest. Decidlo, Nuño, vos.

Nuño. Yo no me atrevo.

Pr. Decidme, qué os motiva á dudas tantas?

Condest. Dénos tu Magestad sus reales plantas.

Princ. Mi padre es muerto ya?

Condest. Señor, la parca
cortó la vida al inclito Monarca.

Princ. Pues adonde murió?

Condest. En la Quinta ha sido
de Egas Coello, porque había venido
sú Magestad á caza, y de repente
le sobrevino el ultimo accidente
de su vida, y de suerte nos quedamos,
que con haberlo visto, lo dudamos.

Princ. Aunque con justo llanto
deba sentir haber perdido tanto,
mi mayor sentimiento
es no haberme llamado
para verle morir; mas pues el hado
dispuso (adversa suerte!)
que no llegase al tiempo de su muerte,
en sus honras verán hoy mis vasallos
á quanto en el dolor llevo á imitallos,
excediendo á la pena de esta nueva
todo el dolor y pena que yo deba.
Y pues mi Inés querida es tan hermosa,
mi muy amada esposa,

ya que alegre y contenta
 hoy su grandeza en Portugal ostenta,
 todo en aqueste dia,
 si hasta aqui fue pesar, será alegría.

Llamad á mi Inés bella.

Condest. Qué desdicha!

Princ. No se dilate, Nuño, aquesta dicha;

llamad, llamad al punto á mi ángel bello.

Condest. Sepa, tu Magestad, que Egas Coello
 y Alvar Gonzalez á Castilla han ido.

Princ. Sin duda mis enojos han temido:

alcanzadlos, que quiero

ser piadoso, no airado y justiciero;

y á los pies de mi Inés luego postrados,

de mí y la Reyna quedarán honrados.

Nuño O desdichada suerte!

Condest. Hoy rezelo del Principe la muerte.

Vase Nuño y el Condestable.

Princ. Que ha llegado ya el dia

en que pue da decir que Inés es mia!

Qué alegre y qué gustosa

reinará ya conmigo Inés hermosa,

y Portugal será en mi casamiento

todo fiestas, saraos y contento!

En público saldré con ella al lado:

un vestido bordado

de estrellas la he de hacer, siendo adivina,

porque conozcan, siendo Inés muy fina,

que quando la prefiero,

si ellas estrellas son, ella es lucero.

O como ya se tarda!

que pension siente quien amante aguarda!

Como á hablarme no viene,

mayores sentimientos me previene:

á buscarla entraré, que tengo zelos

de que á verme no salgan sus dos cielos.

Canta una voz.

Music. Donde vás, el caballero?

donde vás, triste de tí?

que la tu querida esposa

muerta es, que yo la ví.

Las señas que ella tenía

bien te las sabré decir:

su garganta es de alabastro,

y sus manos de marfil.

Princ. Guarda, voz funesta,

da á mis recelos y temor respuesta:
 aguarda, espera, tente.

Sale la Infanta de luto, y le detiene.

Infant. Espera tú, señor, que brevemente

á tu Real Magestad decirle quiero

lo que cantó llorando el jardinero.

Con el Rey mi señor, que muerto yace,

por cuya muerte todo el reyno hace

tan justo sentimiento,

á divertir un rato el pensamiento

sali á caza una tarde,

haciendo á mi valor vistoso alarde.

Llegué á esa Quinta, donde yace muerto:

este dolor advierto,

(ó Cielos! ó pena ayrada!)

hallé una flor hermosa, pero ajada,

quitando (ó dura pena!)

la fragancia á una cándida azucena,

dexando el golpe airado

un hermoso clavél desfigurado,

trocando con airado desconsuelo

una nube de fuego en duro hielo;

y en fin (maestre valor hoy tu grandeza)

á quitar hoy al mundo la belleza,

provocádoie á ello

Alvar Gonzalez, y el traydor Coello.

Con dos golpes airados,

arroyos de corál ví desatados

de una garganta tan hermosa y bella,

que aun mi lengua no puede encarecella,

pues su tersa blancura

dechado fue de toda la hermosura.

Parece que no entiendes

por las señas quién es, ó que pretendes

quedar de sentimiento

per basa de su infausto monumento;

mas para que no ignores

quien padeció estos bárbaros rigores,

yo te diré quién es, estáme atento,

que en su sangre sembrada por el suelo

sabrás que es marmol ya, y ya es frio hielo.

Murió tu bella Inés.

Princ. Valgame el Cielo! *Desmáyase.*

Infant. Del pesar que ha tomado

el nuevo Rey (ay Dios!) se ha desmayado.

Caballeros, Fidalgos, ola, gente.

Sale el Condestable y criados.

Condest. Qué manda vuestra Alteza?

Infant. Un accidente

al Rey le ha dado, remediadle al punto,
pues temo es ya difunto:
que yo, compadecida
de que la hermosa Inés perdió la vida,
y de aqueste espectáculo sangriento,
en las alas del viento,
lastimada y amante,
á Navarra me parto en este instante

Vase la Infanta.

ondest. El Rey está desmayado.

Rey de Portugal, señor,
cese, cese ya el dolor
que el sentido os ha quitado:
si vuestra esposa ha faltado,
no falteis vos, y severo,
riguroso, airado y fiero
contra quien os ofendió;
quien amante os advirtió,
os admire justiciero.

Vuelve en sí el Príncipe.

Princ. Si Inés hermosa murió,
no fue por quererme? Sí.
Muriera mi Inés aquí,
si no me quisiera? No:
luego la causa soy yo
de la pena que la han dado.
Cómo, Pedro desdichado,
si Inés murió, vivo quedas?
Cómo es posible que puedas
no morir de tu cuidado?
En fin, Inés, por mí ha sido
por mí, que ciego te adoro,
(de cólera y pena lloro)
la muerte que has padecido,
sin haberla merecido.

Quál fue la mano cruel
que de mi inocente Abél,
(á pesar de mi sosiego)
bárbaro, atrevido y ciego
cortó el hermoso clavél?

Qué me detengo? Yo voy,
voy á vér mi muerto bien.

Quién, Cielos Divinos, quién
me ha olvidado de quien soy?

cómo reportado estoy?

Aguarda, Inés celestial,
que tambien estoy mortal,
no te partas sin tu esposo,
que me dexarás quejoso
si no partimos el mal.

Condest. Dónde vás, señor?

Princ. A vér

á mi Doña Inés hermosa,
á mi difunta, á mi esposa,
á la que Reyna ha de ser.

Condest. Mirad que podeis perder

la vida, señor. *Princ.* Callad,
dexad que la vea, dexad
que en sus brazos llegue á verme,
que no hago nada en perderme
perdida ya su beldad.

Sale Nuño.

Nuño Ya á Alvar Gonzalez y Coello
presos traxeron, señor.

Princ. Mostrar quiero mi rigor
en los dos (ay ángel bello!)
quisiera poder hacello
en estos dos inhumanos,
matándolos con mis manos:
sin que mi piedad inciten
por las espaldas les quiten
los corazones villanos.
Y para mayor tormento
procuren, si puede ser,
que los dos los puedan ver
antes que les falte aliento.
Y luego, para escarmiento,
con dos crueles harpones
entre horror y confusiones
queden mil pedazos hechos.
Ah si pudiera en dos pechos
caber muchos corazones!
Veamos ahora á Inés.

Condest. Gran señor, no la veais,
mirad que así aventurais
la vida, vedla despues.

Princ. Por qué lástima teneis
de mi vida, si estoy muerto?
Verla quiero, pues advierto
que no puede ser mayor
mi tormento y mi dolor.

Condest. Ya, gran señor, está abierto.

Descubren á Doña Inés muerta sobre unas almohadas.

Princ. Posible es, que hubo homicida,
fiero, cruel y tirano,
que con sacrilega mano
osó quitarte la vida!

Cómo es posible (ay de mí!)

cómo? cómo puedes ser,
que quien á mí me dió el sér,
te diese la muerte á tí!

Por su cuello (pena raras)
corre la púrpura helada,
en claveles desatada.

Ay Doña Inés! quien pudiera
detener ese raudal,
dar vida á ese hermoso sol,
dar aliento á ese arrebol,
y soldar ese cristal!

Ay mano! ya sin recelo
ser alabastro pudieras,
que hasta ahora no lo eras,
porque te faltaba el hielo.

Ya faltó tu hermoso Abril:

sí bien piénsa mi cuidado,
Inés, que te has transformado
en estatua de marfil.

Si la vida te faltó,
tampoco, Inés, tengo vida,
pues mi hermosa luz perdida,
no estoy menos muerto yo.

Nuño de Almeйда, á Violante
de mi parte la decid

que os entregue una corona
que yo á mi esposa la dí,
quando me casé, en señal
de que reinaría feliz

si viviera. *Nuñ.* Voy por ella. *vase.*

Princ. Vos, Condestable, advertid,
que os encarguéis del éntierro,
llevándola desde aquí
á Alcobaza con gran pompa,

honrándome en ella á mí;
y porque yo gusto dello,
el camino hareis cubrir
de antorchas blancas, que envidie
el estrellado zafir,
todas diez y siete leguas;
que tambien lo hiciera así,
si cómo son diez y siete,
fueran diez y siete mil.

*Váse el Condestable, trae Nuño la corona,
y besa la mano á Doña Inés.*

Nuño. Esta es la corona de oro.

Princ. De otra manera entendí
que fuera Inés coronada;
mas pues no lo conseguí,
en la muerte se corone.
Todos los que estais aquí
besad la difunta mano
de mi muerto serafín:
yo mismo seré el Rey de Armas:
silencio, silencio, oid:
Esta es la Inés laureada,
ésta la Reyna infeliz
que mereció en Portugal
reynar despues de morir.

Sale el Condestable.

Condest. Murieron los dos, á quien
espalda y pecho hice abrir.

Princ. Retirá el cuerpo hermoso,
mientras que voy á sentir
mi desdicha: Ay bella Inés!
ya no hay gusto para mí,
que faltandome tu sol,
cómo es posible vivir?
Vamos á morir, sentidos:
amor, vamos á morir.

Vase el Principe.

Condest. Esta es la Inés laureada,
con que el Poeta dá fin
á su tragedia; en que pudo
reynar despues de morir.

FIN.

*En la librería de la Viuda de Quiroga, calle de Carretas, número 9, se hallará
asimismo un gran surtido de comedias antiguas y modernas, tragedias, piezas
en un acto, sainetes y entremeses.*